

## DISCURSO DE EVA MARÍA SÁNCHEZ

*Como fuente perpetua de inagotables placeres surges de nuestra mente, te viertes en nuestra alma, teñida de buenas nuevas, de goces efímeros. Siempre nueva y siempre antigua, hoy luchamos porque si alguna vez nos inclinamos hacia ti, Patria nuestra, fue por querer descubrir en tu alma solemne y vetusta, trazos de la nuestra, ya perdida por su forma humana y asomándonos a la tuya, divina, creemos encontrar en ella trazos de melancolía, amor y soledad de aquellos que Dios se dejó en la creación del mundo.*

*Hoy luchamos con el alma sobrecogida por las infandas consecuencias de una posible derrota contra el miedo, el olvido o la desesperanza, que nos consumen como el tiempo se consume entre las paredes de una vieja estación esperando un tren que ya no ha de volver a pasar. Hoy amamos más si cabe aún a una Patria chantajeada, ultrajada, vejada, asesinada, que duerme con el amargo sopor de aquél que se sabe durmiente de un sueño del que puede no volver a despertar. Hoy amamos a la Patria con el amor que produce ver a la madre sufridora, al soldado caído o al amante eterno. La amamos.*

*Pero hoy, todavía, hemos de tomar exacta conciencia de la gravedad de los males que la aquejarán, de los males que, en definitiva, asolarán nuestras almas. Quizá, todavía muchos no hayamos enfrentado tan ingrata y desagradable tarea por un pavor mortal a los insondables abismos a los que habremos de asomarnos, por un horror atroz a enfrentarnos a las garras del mal, por un pánico cerval a bordear el abismo sin caer en él, a rozar las garras del bíblico Asmodeo sin llevar finalmente en nuestros cuerpos y en nuestras almas las huellas de tan desigual y terrible lucha. Porque lo que verdaderamente se oculta en el trasfondo de la actual situación por la que atravesamos es una lucha descarnada, una lucha sin cuartel entre las fuerzas del Mal y del Bien. Sí, la eterna lucha que el hombre, desde el principio de los tiempos, ha venido luchando contra las tinieblas y de la que nuestro*

*Patrono San Fernando es siempre un ejemplo a seguir, muy especialmente en estos sombríos tiempos que nos ha tocado vivir.*

*Pero hoy tenemos miedo, miedo al qué dirán, miedo a cómo nos juzgarán, miedo a qué será de nosotros. Todos los que estamos sentados en esta sala hemos escogido unos caminos en la vida que distan mucho de aquellos que nos podrían conducir a la simplicidad y a la tranquilidad de una vida sin complicaciones. Frente al pasotismo general, nos hemos negado a ver pasar la vida sin más, nos hemos negado a ser pobres peleles en una comparsa que no es nada más que sedimento de destrucción y de muerte segura al final de la vida mortal. Hemos querido sentir en nuestras vidas el dulce regusto anticipado de la vida eterna que ya se nos ha regalado, en contraste con la vida mortal y el singular momento histórico presente. Vamos caminando, entre lo dulce y lo amargo, entre momentos intemporales que nuestra propia vida mortal nos ofrece y la eterna intemporalidad por nosotros siempre anhelada y desde tiempos prtmigénios e inmortales prevenida.*

*Vamos caminando por una vida que muchas veces nos resulta especialmente extraña y en la que todos permanentemente inquirimos el lugar que estamos llamados a ocupar. Marchamos en una búsqueda constante del lugar que, el Dios que nos imaginó antes de que todo fuera, dispuso desde siempre para nosotros. Pero la suavidad de esta búsqueda se torna en ocasiones dureza cuando olvidamos que a la Providencia debe seguir la pasión en la lucha y que a la lucha apasionada debe suceder la sencilla aceptación de los caminos de Dios. Y es que la aceptación de la voluntad del Dios providente en nuestras vidas se torna especialmente urgente en las especialísimas circunstancias a las que nos vemos abocados. Esta aceptación ha de ser total, sin reserva ni miramiento alguno que la pudieran empañar; la urgencia en la que se halla la Patria así lo demanda, el enemigo que antes permanecía incansable al acecho ha alcanzado el poder de una forma que no admite más calificativo que el de "demorífaca", y el demonio inspira ya descaradamente todos sus actos, pretendiendo someternos la Bestia a sus maléficos planes sin miramiento ni dique de contención alguno. Solo nosotros, ante la Bestia, solo nosotros, pero nosotros con San Fernando, nosotros con Dios.*

*En nuestra humanidad pretendemos alzarnos por encima de nuestras limitaciones, llevando a cabo una lucha perpetua contra las mismas, pero en la lucha caemos constantemente presas de nuestra propia naturaleza y apresados, sobre todo, por nuestra soberbia. En nuestro afán por ser mejores, por ser los mejores, por distinguirnos de lo que nos rodea, no tenemos presente a Aquel que debe ser la principal referencia en nuestras vidas, sino a una soberbia enorme que nos hace, en numerosas ocasiones, mirar por encima del hombro a nuestros propios hermanos, creyéndonos mejores simplemente por querer ser diferentes. Como siempre, encontrar el justo medio entre la natural diferencia que precisamente el mismo Dios nos ha podido dar y el hecho de que todas nuestras actuaciones y nuestras personas se hallen indisolublemente unidas a Cristo, teniéndole a Él, y solo a Él, como amantísima referencia en nuestras vidas, es algo realmente complicado pero a lo que continuamente estamos llamados para evitar que el mal se haga presente en nuestras vidas en forma de la siempre recurrente y fácil soberbia. Sólo si tomamos exacta conciencia de nuestras responsabilidades, cumpliéndolas fiel y puntualmente, y evitando siempre la sin par perfidia del mal que, a través de la soberbia, pretende sellar de manera definitiva las obras del Bien, nuestras obras obtendrán la bendición divina marcando signos indelebles sobre el discurrir de los tiempos.*

*Pero para estar prontos y preparados para la lucha no sólo deberíamos tener presente una humilde aceptación de los caminos de Dios, sino también un benéfico retorno a nuestras raíces. Volver a sentir la emoción de redescubrir una tierra y unos antepasados mil veces amados, mil veces sentidos, pero siempre de diferente forma y manera. Una tierra siempre nueva y siempre antigua, un sentimiento siempre pretérito y siempre actual, un amor siempre presente y siempre eterno. Volver a la tierra que desde siempre nos soñó y sentir el Amor del que, aceptándote tal como eres, no te pide nada a cambio porque sabe también de tu Amor. Volver a la tierra que desde siempre nos imaginó y sentir también la alegría que ella siente por el que vuelve y la tristeza por el que se va. Volver a nuestros antepasados y amarlos porque forman ya parte de nuestros recuerdos, de lo mucho o poco que*

somos. Perdernos en nuestras raíces para volver a encontrarnos, dilucidando los tiempos y las horas, elucidando nuestra propia historia.

Una pulsión del corazón que nos hace amar sin pedir nada a cambio, una razón de Amor, que nos llevará a estar siempre ahí, caminando hacia los brazos de Cristo y de la Virgen, Nuestra Señora. Mientras tanto quién sabe hacia dónde la noche nos lleva, quién puede decir qué nos depara la aurora, quién sabe si habrá un nuevo amanecer para nuestra Patria. Mientras tanto, sólo Dios. Pero, mientras tanto, nosotros humanos, aquí, en nuestra querida Ciudad católica, hemos de velar a la vida, para que viva quede en la muerte.

## DISCURSO DE FERNANDO CLARO

El historiador del siglo XIV Hernán Pérez de Guzmán, en un delictoso castellano antiguo, describe así el sepulcro de San Fernando en la Catedral de Sevilla, "e tiene en la cabeza el Rey don Fernando una corona de oro de tales piedras preciosas del tamaño de una nuez, e tiene en la mano derecha una espada, que dicen es de gran virtud, con la cual ganó a Sevilla, la cual espada tiene por atrás un rubí, que es tamaño como un güebo, en la cruz de la espada una esmeralda muy verde".

En el marco incomparable de la Capilla Real de la Catedral de Sevilla lo primero con que nos encontramos es con la Virgen de los Reyes, patrona de Sevilla y de su archidiócesis. Allí, a sus pies, es donde se encuentra el sepulcro del Santo rey.

La imagen de la Virgen de los Reyes constituye el máximo exponente de la religiosidad de un pueblo, que en su marianismo cifra su orgullo, como una de las principales razones de su sentir sevillano.

Virgen Madre nos sonríe, mostrando al Niño Dios sobre sus rodillas; Virgen Reina, nos atrae con su sencilla majestad.

Como en otras veneradas imágenes españolas un halo legendario envuelve los principios de su culto.